

MEMORIA ÚLTIMA

ROBERTO IGLESIAS

MEMORIA
ÚLTIMA

(2003-2005)

MANGOLELE & ÁNGELES SANCHA LIBROS

20 LOGROÑO 18

para Olalla

*Y nada queda sino el goce impío
de la razón cayendo en la inefable
y helada intimidad de su vacío.*

OCTAVIO PAZ

De «La caída», en *Calamidades y milagros*.

Cansado de la vida retirada, salí al mundo
de gas y decibelios para escapar de mí, libre
de dios, ser joven escéptico y no llegar a viejo:
ahora se extingue sombra a sombra la memoria mía,
ha sido inútil todo para morirse mejor,
yo sigo siendo lo que no fui vuelto del revés.

Vi una boca de fuego, un rostro horrible de cabeza
erizada de víboras, un lobo enfurecido
de alucinados ojos del espanto vigilantes,
duendes inmóviles con las antorchas consumidas,
viejos emblemas de la mariposa y del pie alado,
un esqueleto con guadaña y un reloj de arena
entre la madrugada de la fiebre y el delirio.

Los blancos pabellones sanatorios, el tobillo de los relámpagos, las epilepsias y la brújula de aquella noche con mensaje de ira repetido: los bichos volanderos aparecían con música, calcomanías de todos los placeres frustrados, bujías enguantadas de gusanos vagabundos, las pezuñas del cierzo, réplicas de los quebrantos y la conducta deductiva, cápsulas del sueño, las sabandijas en el alerón, rama enigmática de las lechuzas y los gorgojos del albornoz de felpa fina por los corredores de neuróticos, la escoria de la jeringa, los híbridos ocultos: se presentaba fría la enfermedad del olvido.

Era ver doble en vertical los estragos del siglo
y los abismos de la anomalía permanente,
la superficie destructiva, el objeto virtual,
el idealismo histórico del celo en la enfermera,
y ser autónomo, padecer perfidia invisible,
sentirse en tránsito, en la hora mística, ser idiota
de hospital sin clemencia con íntimo olor de huesos.

Mi sombra está cansada de seguirme:
la garantía de la depresión que la desgarrar,
y el caos de la edad, la brillantez de un tragaluz.

Candar la puerta de hierro del último refugio
y otro es el odio, se esconde en la ebriedad de sí mismo,
y se va haciendo tarde sin pudor elemental
una demolición permanente, un furor febril,
y un desvelo obsesivo en la intemperie inhabitable.

El zumbido de mosca carroñera planeando
sobre bandejas consumidas, séquito de avispas,
voladura de pólenes con larvas copulando,
la vena estrangulada, el desplome de la escalera,
escarabajo excavador, precipicios del éter,
los seres necrológicos, reposo hospitalario,
una tuneladora de servicio para muertos,
sudor pautado del reloj de suero.

Intercalados el gozo y el éxtasis de ser algo
inconsolable, depresión de todos los lamentos:
había viajado por una memoria corroída,
perturbador enfermo en la ciudad devoratoria.

Quedar en negro, el bulto animado traga su lengua,
el impudor desparramado por el entresijo
de la enfermiza voluntad diluye, en obsesión
exagerada, alabanzas de acatamiento a méritos
ajenos, y se oculta el espejo aguado, soporta
hipnótica ascendencia que la pena disimula,
o la monotonía del vacío.

Sin olvidar la afable sucesión de los momentos
indivisibles, multitud de instante encuadrado,
era el repudio una manera de odiar afinada
y el intervalo taladra sin pausa el anticipo,
raso el tabique en la explosión total de las caderas:
no me envenene el ensueño y el maldito contorno.

Los reflectores del amanecer en la espadaña
eligen las palabras con los enigmas al viento
irremediable: otro ciclo terrible del dolor
de la existencia, no queda estima, la razón huye.

Ya no viene el silencio tan callando, el sol temblaba,
destrozan la pantalla los difuntos repentinos,
llega a los pies la exactitud final de la negrura,
otra estabilidad de la neurosis, la apariencia,
y se confunde por control remoto el noticiero.

Escriben los psiquiatras las recetas surrealistas,
apuntan la tristeza de la mala con la súplica
y la fatiga controlando tu bulbo raquídeo,
apagando la luz en el fortín de la demencia
insostenible, arañando el cerebro congelado,
así el desquite de la amnesia: los psicoanalistas
aseguran salud plastificada incontenible,
y observaba las ondas cerebrales la neuróloga,
usa mercurios descartianos, descompone polvos
de alcanfor en la almohada, modifica la cerviz:
seguridad craneal, el desaliento interminable,
el asco, el arrebató, el desengaño irreductible,
gritos de la dolencia y el vértigo de purgarse
hacen posible el calendario de la maldición.

El pájaro ocular, el timbre del visor, encías,
el sacrificio de lengüeta, nieve encristalada,
prófugo a crédito: sufrir el odio adjetivado,
detritus de la fiesta con séquito y sed, ceguera
y venas con el pico de las rapaces, la vil
desolación, sexo de marihuana y un baboso
lamelibranquio azul en la juntura de la puerta:
el peligroso viaje de la travesía al vuelo.

Poder de paranoico conseguir un antifaz:
se acrecienta el elogio, la adulación afectada
y obsequiosa, el halago que lleva a dilatar
la realidad posible: mercancías, imposturas,
las máscaras, cortezas con distinta catadura,
tegumentos, carátulas pestíferas, las cáscaras
piel con piel, todas las membranas, odios subterráneos,
lentes tiznadas, la bolsa o la muerte,
la frenética estafa de los días, las caretas
visibles y honorables, la ponzoña transparente.

Estar sin mí, estaré sin mí con el futuro corto,
volver a oír cómo crece la hierba en los parterres,
he perdido el recuerdo, tengo la vida desierta.

Días después de la sombra embarrada de la noche
he esperado el descanso del dolor, la mejoría
de aflicción que se cansa de nosotros, la familia
con las órbitas fieles del pesar sobre las cejas,
la desolación nunca pierde la benevolencia
de gritar y llorar su despedida voluntaria
desde la habitación indescriptible.

Vivir del hambre al pie de las pilastras,
baja el neón a los soportales, la joven cuenta
las monedas, el joven del saxofón toca *jazz*,
los días silenciosos en silla motorizada:
la cita en la clepsidra berlinesa, el reloj de agua.

El sombrero abandona las esporas, la certeza
visiona antiguos duelos, la exhibición del cemento
sobre glóbulos rojos: el pilar del neumococo,
las gafas y la frente pegadas en la pared.

Tumores silenciosos en el giro cingulado,
un minuto perpetuo, las hileras de infelices
vomitaban la baba secada del placentario,
y en el colapso siempre era la mitad de mí mismo.

Los amargados de ansia fatigada en la aventura
vuelven al odio sedativo, al trueno de las cítaras,
claman a voces, gritan con la existencia engañada
entre sermones y mítines, guerras y homenajes:
con las promesas confusas, las pompas de papel,
no quedará nadie para quejarse en la locura.

Se necesita un ejercicio al modo esquizofrénico,
estar desesperados, empeorar lo irremisible:
los años deleitosos nos envasan al vacío,
y volver fue una trampa, no terminan los cadáveres:
tiempos de los fracasos, torturas en el estruendo,
burla de la medida, congoja de los segundos,
la cuarta dimensión en maniqués sensitivos.

En celdas encerrados, la actualidad de costumbre
no necesita halago ni sencillez del ritual,
perímetro grandioso, altanería impertinente
para adorarse, pues abrir palabras de tijera
deforma tanto la verdad de manía obsequiosa,
perversa por abuso: la ocultación para odiar
en bañera de hielo y no liquidarse uno mismo.

Cortada toda relación sensorial, suspendido
el estremecimiento y abandonado al cansancio
el ejercicio pensativo, con la sordidez
de los miedos no ordenan lo concreto ni se exaltan,
no molesta la herida de la vida aniquilada:
clarea y cierran los agujeros del corazón,
y yo regreso otra vez destrozado a los abrazos.

En la hora más alta de mis sueños meditaba
sobre la infinitud negra y abierta de la noche,
el desaliento no me produjo una dulce asfixia,
interminables cánticos, malignos apetitos,
alguna muestra exacta disfrazada de misterios:
no escuchar, he perdido al individuo colectivo.

Desolación del ave migratoria en los aleros:
un satélite pasa por encima de la cólera,
rompe la porcelana de la niebla, el globo gris
de la farola convertida en planta pestilente.

Nunca se salva: ya no existe en el abismo alcohólico
venir de casta errática y no hacer declaración
de principios, así el abstemio en asientos de nieve
nebulosos, favilas del fumador solitario,
los ecos del petróleo sin haber plantado un huerto,
huésped mortal sin anestesia, bestia sedentaria.

Ese carácter aparente de la euforia muestra,
en la maldad, los ataques frontales a la norma
del raciocinio en un país frívolo y reventado:
insostenible no haber muerto entero,
no haber vivido entero, infinitud, filos, cuchilla.

Los ganglios tienen pus, calma escondida,
calamidad entre algodones, el juicio apagado,
se disfraza el cadáver del horror que nunca acaba:
las desbordadas cabezas flotantes, los tentáculos
de tanto odio, lugar de las momias esquineras.

Una luz deslumbrante hiere como el esplendor
quemado, lava negra que cubrirá la ciudad,
desecho idealizado, altares del hedor, nafta
humana, bella crueldad de la materia infectada:
has visto las imágenes más crueles de la ira.

Resiste la razón, se deshace la identidad,
no me acuerdo de mí, la desmemoria resucita,
llega el abatimiento del último amanecer.

Almíbar de la tarde, el falso júbilo, los nichos
de corneja señalan la aridez del hipotálamo,
el otro yo interno de la cordura sin memoria,
la decadente experiencia de tanta procesión:
catálogo de locos y el alivio de farmacia.

Frente al día inflamado se oculta cuando aparece
la penumbra, insinúa las remotas fantasías:
la nada infusa, el hastío de toda la simpleza,
y absorbe luz, se retrasa ese espectro del consuelo.

Aquí la enésima justificación del amor
sin nadie, sin odiar a todos, levantó los mantos
de las hojas, sostuvo aquel noviembre funerario,
salvó tu cuello de la arista de la tajadera:
mil años luminosos jamás valen una noche
como aquella de amor acumulado.

Los días encharcados de más tristeza en el hielo
de amanecer, el llanto del otoño llorador.

Aceptarás que nada va cambiando por el mundo,
con la vida hemos hablado y dormido separados:
excepto este dolor y más desprecio de los otros,
así estará tu figura partida en el retrato.

Porciones de vocablos, la densidad de la lengua
en el grifo del odio, el compás de los abatidos,
una percepción fáctica de la edad absorbente:
las galas insaciables de amargor.

De joven deambulaba por ciudades jubilosas
como un viajero de propensión excéntrica, utópico
y tentador: la imagen privada del referente
no transformaba el universo mío sin torpeza
o exhibición de la apariencia: el último refugio.

Junio rompe los techos de la mañana y me encuentro
debajo de los párpados secos de la tiniebla:
copia de los tormentos, la refracción de la noche.

No esperar nada, ser de nadie ni cerrar la herida
de la obsesión contraria a la imprudencia, ni el aliento
del imposible amante de emoción incontrolada:
releer al poeta corruptor de tu inocencia,
gozar el otro yo de bendiciones insolubles.

Poesía psiquiátrica: extravío de fatigas,
el nosocomio era charca de ranas bipolares,
la degeneración cognitiva vuelve en funciones,
irrepetibles fueron las ternuras impacientes.

La escasa atmósfera, las sombrillas de la arboleda,
el escenario del pánico, llegar a tu espacio:
mi vida no es la mía, nunca encontraré el futuro.

Sin condenar todavía las marcas del disturbio,
mientras pacíficamente asesinan por instinto,
milésimas de amor se ocultan en los simulacros,
permiten compañía de la soledad ruidosa.

Brota el terror de la apariencia, un rayo pavoroso,
dormida en las revueltas de los humos la otoñada,
lleva la enfermería mucha angustia de ventaja:
la aparición del alba y del servicio de limpieza.

Para oficiar líricas ceremonias sólo el poeta
en la vejez calcina sus libros, que los inventa,
los escribe de nuevo sin incienso, sin escándalo,
y se extiende el sigilo donde acaba la razón:
la débil contraseña de la vida abandonada.

En el otoño los chopos caían a pedazos
y salió el arco iris, la corona de colores,
la adorable diadema de diademas:
fue la emoción atmosférica de un amor vencido.

Chu García

Difícil recordar el labio amable de la vida,
muy fácil arrancarme los tubos del antebrazo:
quiero el ayer y su cuerpo lujoso para mí,
y que el olvido me encuentre en la alcoba de su casa.

*Nada es tan necesario al hombre como un par de lágrimas
a punto de caer en la desesperación.*

BLAS DE OTERO

De «A punto de caer», en *Ancia*.

La despiadada hermosura de los otoños cálidos
y la diáspora roja del atardecer aumentan
la presión arterial, la infatigable vocería:
no salir, no volver, mundo oficial, goce pretérito
de la farsa funámbula que enturbia el odio intacto.

Hélices del silbido en la megafonía, escamas
del corazón desesperado, clavos de lo oscuro
de noche en noche escondían la calma macerada,
el amor más improbable y el remedio imposible:
el tiempo pasa tan rápido habitando el olvido.

Convulsionaba la vela, se derrite la estela:
un libro en el sillón produce los desequilibrios,
las relaciones terapéuticas, o la experiencia
de frustración del personaje, que recuerda, examina
en el anonimato las palabras, pone en riesgo
otra estabilidad de los tornados neuronales,
anuncia las rebajas y el saldo del optimismo:
fin del espacio, la nada viene detrás de mí.

Largo el enigma de mayo, el pálpito, la ambulancia,
ojos de buey, el cristalino, deshecha la agrura,
no ser arbusto con encajes: llegan sin batahola
los murciélagos, cierran el balcón del infortunio,
almaceno saliva para lamer azulejos.

Ya no puedo esquivar a la desesperación: miedo
a la soledad muda y fin de la vida beoda,
liquidación de saldo y la avidez de los insomnes.

La persistencia sucia de la lluvia, la onda móvil
de catarata de la gasolina hasta el pellejo
de las nubes, la hoja acuminada del bisturí,
los dedales del tiempo: la grasa del indigente
itinerante, impávido, turbado, el surrealismo
sin inconsciente, un cuerpo sin órganos, el brutal
elogio de locuras: la sala del alambique.

Porque los animales delirantes dulcifican
el signo inexplicable y grotesco, sigo sin mí,
me tiembla la cabeza: psicosis de Korsakoff,
el suplicio escondido de los seres irritables.

Multiplicar fracasos, las cosas están vacías,
el último presagio, necesidad enfermiza,
la soberbia es subterránea, el pasado ya no viene:
llegar a la absoluta desmemoria, ver el aire.

Los aullidos sin luces, la nostalgia desdichada,
la causa oculta, victoria del rencor, la caída,
el desaliento disfrazado, el aire envejecido,
interminables náuseas, sonora vulgaridad
que apagan el prodigio y el sarcasmo de existir.

Se abre la válvula de la repulsión, los ganchillos
regalados de los odios, los hilos estelares,
lamentaciones en la infatigable oscuridad
contra el lento suplicio de amargarse.

Pesa menos el aire entre las nubes
que la ballena del cielo con las aletas blancas.

Corroer la finitud de la voz, se derrumba sola
la cita del destierro, la soledad asistida,
la transparencia de los fragmentos sucesivos,
la candidez del bajo rendimiento en el desprecio.

Alguna vez será aceptable esperar lo imposible:
se pudre el tiempo roto, la obligación de morir.

Hubo un odio maldito y desquiciado: remover
tiernos suicidios, pedir justicia en una caja
sin diversión de un hombre empantanado y sin salida:
¿y cuántos muertos me quedarán, poco a poco, a solas?

La dicha mínima con el veneno transparente,
otra aventura de lo increíble: desfallecer
con elegancia, o con el ardor de la medicina.

No me despierten los tordos, los pájaros volando
que se equivocan como la paloma: pluma lisa
y todas las mañanas encorvadas de la acción,
estalla la precisa pulsación de la bacteria.

Ser un fardo inyectado que consume otras pastillas
para el dolor de odio crónico: revuelan las ocas,
sobrevivir en verano, metódico y vacío.

La soledad mental, los agujeros en lo oscuro
necesitan sollozos y lamentación portátil,
todo está a tiempo para la agonía del vivir.

Las emociones abandonaron la falsedad
o resultado de la copia, el trato al afligido
anémico: un recambio de espíritu con urgencia.

Como cascajo en la boca el desquite de la amnesia:
haciendo gárgaras con la vida estuve sin mí,
silencio en sordomudo y sin memoria.

Un animal seductivo en la sala de los monstruos:
vibración derramada en las polillas de la ingle.

Los zombis en la sala, cruje el pulso neuronal:
la música no vale la nocturna filarmónica.

Insostenible no existir entero, ellos escarban
en las caricias y sólo el odio limpia sus labios.

Ello ocurre ahora: la enésima verificación
de lo ocurrido, el odio embalsamado,
perder las luces y ver en otra oscuridad tanta.

La isla del sanatorio: popelín de los pijamas,
escobas de los guantes, convulsiones de los músculos,
despeñadero de la quimera, aliento del odio.

La sirena del agua entre los faros
y la manguera, el tanque se acaba en la claridad,
vieja categoría la absoluta desmemoria.

El vertedero de la quimera, tan fiel el sueño
de irrealidad, sobrevolar el cielo, lo alto oscuro:
no se pierde la vida, siempre se gana la muerte.

Vuelve el candil de la tarde, la maza de la noche,
se duerme la vampira, tiemblo en lecho submarino
un segundo perpetuo: oscuridad.

Una plaza desierta y soleada, los asientos
del viento y el adiós, las arrugas de la dulzura.

Una emoción convulsa te persigue cuando odias:
acepta la impiedad de los embalajes nocturnos,
los iris dilatados, sonidos de amanecida.

Siempre nos hiere una cita de la melancolía
a destiempo en un cepo, el gemido del elixir.

La rebelión del desierto y los poemas inútiles,
el hueco de una víscera, pulsación amarilla
entre las sombras blancas, los dolores de volcán.

No duerme el búho, anuncian desbandada
de pájaros los odios de megáfonos urbanos.

Hoy hierve el día en el aro del astro como el cíclope
que repite el origen de la erótica mecánica.

Cae la aguja en la aguja del reloj de pared
y sujetas el péndulo a las horas del planeta,
no esperas, como entonces, a manejar el vivir.

Solamente he sentido la compasión de uno mismo,
interés obsesivo: volver a llorar por mí.

El odio o molinete rítmico acciona el tictac
de la vena, se fuga hacia adelante
a la velocidad imparable de la ceniza.

Grandes arácnidos masticando la piel del plátano,
el ardor invisible de los sueños redentores:
de las baldosas mana alcohol con humo.

Como el horror que pacta, contempla la destrucción:
¿quién adora, bendice y mantiene a la calavera?

La habitación era una cueva verde con medusas:
las raíces del mar en los cirros, la inmensidad.

Miradlo: el mar es de tierra, las altas olas vienen
en tolvaderas, hinchan los ojos, vuelve el adiós.

Deslumbra el hechicero: quema los folios de culto,
no encontraba señal de poesía estrangulada.

Como el narciso en la fuente clara de la rotonda,
desaparece la figura, emerge otro magnético
dominio del amor propio en la mano jabonada:
llora el yo, deja el presente esparcido, el daño oculto,
desechar todo, menos el odio que no perdimos.

o convertido en agua aquí llorando

GARCILASO DE LA VEGA

De «Soneto XI».

Sigo esperando la noche del insomnio sin fin,
la depresión imperceptible, el desconsuelo ahogado.

Las armonías desveladas del enfermo indócil
me narcotizan bajo el crepúsculo matutino.

Alguien sostiene el discurso de la sociología contemporánea, una divulgación exotérica: la verdad no existía, la transparencia se fuga, y en esa confusión enloquecida de los signos el síndrome del túnel carpiano, la estilográfica con ventaja del índice incompleto, el libro último, ya todo verso es un verso de más, la repugnancia, el tiempo sin espacios: ya no existen laberintos en la búsqueda, ya no tiene llama la pasión.

Sonría usted a la vida, al escándalo famoso,
y para estar feliz no le repugne la tragedia.

Rechazar alimento, periferia de escalones,
lo mejor fuera de mí y las notas a pie de página.

Otoñiza la luz, desovilla odios movedizos,
duerme el relente, afásica y tardía la demora.

En horas como ésta gózame desolación,
alcanzaremos la potencia hidráulica del llanto.

La poza pélvica, el incendio universal, cadenas
para infelices y la exaltación del paroxismo:
los horizontes del universo, lenguas lejanas,
voladura de insectos, esqueletos de colores,
bastidores de piedra, telas teñidas de púrpura,
cambiar el agua de la pecera, luces azules,
rojas con faldellines, pez de la memoria última.

Los aguaceros disimulan el calor estivo,
duele la vértebra táctil, la burbuja vacía.

Esperanza tapada de furor, bucal de espita:
inmolación, áfilo el árbol, los amores sidos.

Será el olvido vivir sin mí, ajustar la noche
de la razón de vidrio, corroer la infinitud.

Impostura colgada del alero del tejado:
el carámbano, el ácaro epiléptico, el colchón
del fuego, las vitales ecuaciones de la sábana,
los llantos que traspasa el agua en horas insaciables.

Tardes como traviesas de los trenes que volvían,
la depresión no cede, me demuelen la memoria.

Encontraréis bacterias de meninge entre las copias,
cartografías neuronales que forman las alas
saliendo por el molde de la axila y de la nuca.

La sofocada perdición, el arroyo del viento
y despeñarse por el barranco de la alegría.

Remota mi cabeza de mármol decapitada,
cuando el vivir siempre era una derrota tentadora.

La ansiedad de tenerme en los olvidos:
necesito pensar hasta la desesperación.

Bilis o lágrima de memoria petrificada,
la candidez excesiva del odio corrompido.

La vida me desnuda para llegar a la ausencia:
estar como un muñeco en presente de subjuntivo.

Aceptarás que nada va cambiando por el mundo,
excepto este dolor y más desprecio de los otros.

La densidad de la vileza, sangre en el llavero
dorado, que alguien había olvidado con las prisas,
y el signo de un colmillo encima de la gran arteria.

Su mundo tiembla sin estímulos, impone
otra contemplación de la ignorada decadencia
alrededor de sí mismo: el afecto del odio.

En los amaneceres áridos atravesaba
la primavera en cuclillas, olvidado: quemaban
las paredes, las tazas desde el ventanal del busto.

No acepten la memoria externa: ser imitación,
vivir de tan allá, nadie me destruye el ocaso.

Si no puedes pensar como respiras, ¿qué te queda?:
la cruel repetición de lentamente consumirse,
la nada unida marcando el retraso del consuelo.

En el ruido que sube hasta los tímpanos
los intervalos perforan sin pausa el porvenir.

Ser una piedra, un hombre desgastado del recuerdo:
perder la moratoria, no existe la despedida,
se pudre mansamente el futuro, empuja la carne.

Ya con el ánimo en un táper, la caducidad:
tú no eres alguien, tu algo es nadie, nada,
no piensas, luego sobrevives, torpe y descansado,
entre el escombros de tu biblioteca.

2003/2005

ÍNDICE

I
(*pág.* 9)

II
(*pág.* 61)

III
(*pág.* 109)

Esta
Memoria última
se terminó de imprimir
el 14 de septiembre de 2018.

Edición al cuidado de Rafael Amilburu y Jorge Frías
Ilustración de Marcelino del Río, diseño de Sinsal

Impreso en España
Depósito legal LR-1407-2018
ISBN 978-84-09-06426-7

©Roberto Iglesias
©de la presente edición
Mangolele Empresas & Ángeles Sancha Libros

PRIMERA EDICIÓN NUMERADA DE 350 EJEMPLARES

NOVIEMBRE DE 2018



EJEMPLAR N°:

